

maldito espíritu por la boca del enfermo respondía en lengua griega, ó bárbara, ó en otra qualquiera que era materna del sujeto atormentado, y decia con distincion quanto queria que le dixese el Syro; y despues con amenazas grandísimas, apretados castigos y temerosos conjuros le hacia, á su pesar, dexar el cuerpo: y por cierto que asistiendo yo á la cura de uno de estos vi salir á un demonio negro y feísimo, sucio y ahumado, que no me causó pequeño horror, aunque soy poco medroso. No me espanto yo, le dixé, que vos, Ion, viéades cosa como esa; pues tambien veis las ideas que enseñó Platon vuestro maestro, siendo tan sutiles y tan incapaces de que las vean los hombres. Creéis vos (dixó Eucrates) que solo Ion ha visto semejantes maravillas, y que náide sino él ha topado con demonios de noche y de dia, y sabe que són feos, asquerosos y sucios? porque estoy yo aquí, que no una, sino mil veces, los he visto. Señores, quando aquesto oí á un hombre tan grave quedé helado, y mas quando prosiguió diciendo: mirad que cosa tan dificultosa y rara, siendo así que os confieso que al principio me turbaba con semejantes vistas, y que me causaban horror tales visiones; mas ya por la costumbre de verlas se ha facilitado el natural, de suerte que la mas rara y admirable no la tengo por prodigiosa, ni me espanta; y particularmente perdí aquesta aduersión que las tenia desde que un Árabe, grande encantador y hechicero, me dió un anillo de hierro, quitado de cierta horca, y me enseñó un conjuro de diversos caracteres, con que he perdido el miedo totalmente. Esto es verdad, Tyquiades, sino es que mi autoridad padezca en vuestra estimacion tan grande agravio, que como á todos no queráis creerme. ¿Cómo será posible (dixé yo) no creer

á Eucrates, hijo de Dinon, hombre sabio, esplendor de nuestra patria, amparo de las ciencias, y que tiene autoridad para deshacer las dudas mayores, y decir con libertad quanto quisiere? Aquello de la estatua (prosiguió él) que en mi casa cada noche se aparece á quantos hay en ella, no lo sepais de mi solo, pues teneis tantos testigos: cosa rara, y que la saben todos. ¿Qué estatua? le pregunté. ¿No vistas (dixó) quando entráades por esa galeria una estatua muy hermosa, obra de Demetrio, de aquellas perfectísimas que él solia hacer de barro? ¿Decis acaso aquella (le dixé) que tiene aquella bola de hierro, y está inclinada como que quiere tirarla, el un pie un poco doblado, que parece que prueba á enderezarse para el tiro? No es esa (prosiguió el viejo), que ese tirador de bola es una de las obras de Myron. No digo esa, ni la que está junto á ella, hermosa por todo extremo, y que tiene la cabeza vendada, milagro de las manos de Policreto; ¿no está á esa mano derecha, como entramos, que son los que mataron á los tiranos, riquísimos entalles, esculturas bellísimas de Cricia Nisiota: á la otra, junto á donde corre aquella fuente, ¿no está una que tiene el vientre algo levantado, calva, medio desnuda, de relieve perfeto, que le faltan algunos pelos de la barba, y de venas descubiertas? pues esa es la que os digo, estatua de Pelico, Capitan valeroso de Corintio. Por Júpiter (dixé) que ya sé qual me decis, y que está á la mano derecha de Saturno, y tiene por mas señas unas vendas, y unas guirnaldas marchitas, y en el pecho unas dos hojas doradas. Yo se las hice dorar no ha mucho, dixó Eucrates, porque me sanó en tres dias de unas calenturas muy ardientes, de que pensé acabar la vida. ¿Pues el Capitan Pelico, pregunté disimulando,

do, era médico y soldado? Si era, me respondió, y no hagais burla, Tyquiades; porque si aquella estatua se enojase os hará que por fuerza la tengais el respeto que se debe, que yo sé medianamente quanto vale y quanto puede la estatua de que os burlais: ¿pareceos dificultoso que quite las calenturas quien es poderoso á darlas? Favorable, respondí, y pacífica sea conmigo estatua que tanto vale; mas decidme lo que le ven hacer en vuestra casa luego que anochece. Cada dia, prosiguió disimulado, dexa la basa en que está, y por estos corredores y galerias se pasea ayrosamente; salen á verla y oirla todos los de casa, que tambien canta dulcemente muchas veces, y no hace daño á persona, solo es menester desviarse, porque se enfada si la tocan, y con eso pasa sin ofender los que la miran; vuélvese á su puesto, y quando todos se han ido lava y juega, canta y rie, ocupando en semejantes cosas lo que dura la noche, sacando todos por el ruido que hace el exercicio que tiene. Yo espantado de locura tan grande, le dixé con disimulo: mirad, Eucrates, que puede ser que esta estatua no sea de Pelico el Capitan que decís, sino Talo Cretense, de quien se dice que en tiempo de Minos fue una guarda de metal, que guardaba la isla de Creta por mandado de Júpiter, talben todo, que á no ser de metal, sino de palo, más se podría creer que fuese una de las máquinas de Dedalo, y no obra rara de Demetrio, como escriben; y tambien, como la vuestra, huye de la basa quando quiere. Guardaos, Tyquiades, dixo él (entendiendo mi malicia), no os pese despues de esos donayres, que puede ser que os suceda lo que al que le hurtó las ofrendas y limosnas que cada luna nueva le ofrecemos. Cierto que era conveniente (dixo Ion) que le sucediesen cosas tristes por sa-

crilego; pero contarme, Eucrates, cómo se vengó del ladron, que quiero oirlo. Es cosa rara (dixo el dueño); cantidad de moneda tenia á sus pies aquesta estatua, de plata y cobre, tales echadas en la basa, y tales con cera pegadas en las piernas; costumbre, como sabeis, de los que votan semejantes ofrendas; mil cumplimientos de votos diferentes, esculpidos en láminas de plata, memorias de sanidad de enfermedades, y de mercedes hechas; porque esta estatua es remedio general de todos daños, de quantos con humildad se los presentan: tenia yo un esclavo Africano, que servia de curarme los caballos, de mal natural, bellaco y atrevido. Este tal, perpetrando toda religion y respeto, le hurtó á la estatua las ofrendas con mano sacrilega, aguardando que se apartase de la basa: ¿quién se atreve á los Dioses inmortales, sin esperar gran castigo? Volvió á su lugar Pelico, y viendo que lo habian robado, quiso descubrir graciosamente al agresor de tamaño sacrilegio, cególe de manera al miserable, que toda la noche anduvo por ese corredor, sin hallar la puerta para irse, como si hubiera entrado en algun entrincado laberinto, hasta que venido el dia le cogieron con el hurto, y le hice yo dar hartos azotes; y no paró aquí el castigo, que los delitos cometidos contra el cielo no de una vez sola se pagan en la tierra: azotábale la estatua cada noche tan lastimosamente, que amedrentado, y lleno de golpes y cardenales, vino á morir desesperado en pocos dias. Id, Tyquiades, con este exemplo, y hacéd de nuevo burla de Pelico, como si fuera guarda de la edad de Minos, destinado para Creta. Pardiez, Eucrates, le respondí, mientras el metal fuere metal, y de él se entallaren hombres, no Dioses inmortales, no temeré yo mucho la estatua de Pelico; porque aun

á él mismo si le viera no la temiera mucho por mas que me amenazara. Atajónos el médico diciendo que él tenía un Hypócrates de metal, que no pasaba de un codo de estatura, que en matando las luces y apagándose la lumbre paseaba toda la casa, haciendo mucho ruido, revolviendo los botes, y mezclando las medicinas, que trocaba las puertas unas sobre otras, abriendo las que estaban cerradas, y cerrando las abiertas, haciendo mas tumultos y travesuras, quando los de casa se olvidaban de ofrecerle los ordinarios sacrificios de cada año. No pude tener la risa, y dixé: ¿tambien quiere ya Hypócrates que le sacrifiquen, y se enfada si en el tiempo de los sacrificios públicos no es honrado con públicos banquetes, siendo tal que merecia perder opinion el que atrevidamente le sacrificara, derramara clarea, ó coronara la cabeza á su memoria? Oid por vida vuestra (dixo Eucratres) lo que vi no ha cinco años, y si es menester lo probaré con testigos: en el tiempo de vendimias me hallé en el campo un dia, y cansado de asistir á los que vendimiaban, me fui á divertir hacia la selva, pensando en cierta cosa de importancia: á la entrada de aquel bosque que confina con mis viñas me pareció que oia grandes ladridos de perros; detúveme algun poco, pensando que seria mi hijo Mnasona, que, como acostumbra, venia de jugar y montear con sus iguales: dentro de poco espacio vi que se levantó un terremoto, y que se acercaban á mí diversos ruidos; entoldóse de escuridades la distancia, y al sonido de un gran trueno divisé entre la confusion una muger grandisima; pensó que era tan grande su estatua como una alanzada de tierra, y no la encarezco mucho; traia en la mano derecha un cuchillo del largo de veinte codos, y en la izquierda una hacha encen-

di-

dida, á cuya luz pude ver que eran sus pies de dragon y su cabeza, que en el horror, fealdad y semblante representaba á Medusa, copiada de dragones ferocisimos, que en lugar de cabellos la poblaban el cuello, hombros y espaldas; tal era la figura que aun ahora en acordarme de ella me atemorizo: y diciendo esto mostró erizado el vello de los brazos con el miedo. Ion, Dinomaco y Cleodemo con vehemencia ansiosos le escuchaban colgados de sus palabras, como pudiera el rapaz mas inocente, reverenciando con temor tan gran Coloso, una muger de mas de cien varas, de estatura gigantesca, vision, parto ridículo de imaginacion errante. Yo mientras ellos se admiraban consideraba confuso los que adquiriendo nombre de prudentes y opinion de sabios y filósofos, eran tenidos de los demas por oráculos sagrados, admiracion comun, aplauso de las gentes, y en mi estimacion solamente los diferenciaba de los niños en las canas y las barbas, hallándolos en todo de mas facil ignorancia que ellos, tan creedores de mentiras, tan poco discursivos, tan poco considerados, que hallaban asiento en sus discursos, quimeras tan mal pensadas. ¡O fuerza de la edad, que así transformas los hombres! ¡ó curso voltario de los tiempos, contra quien no vale la prudencia mas fuerte, la discrecion mas pura, ni el discurso mas delgado! ¡ó tú opinion del vulgo! ¡ó fama voltaria, calificadora de tantas ignorancias, premio de tantos indignos, y afrenta de tantos sabios! al fin agravio general de los mayores merecimientos: no estudie ni pelee el que te alcanza; pues que tú eres victoria de quanto se conoce en esta vida, ¿quién pensára que los tenidos y estimados por tan doctos creyeran semejantes desvarios, ni que estimára el mundo por sabios á los que decian tales sim-

M

ple-

plezas? mas la opinion es poderosa para tanto. Proseguia Eucrates con la pintura de su vision horrible: traia á cada lado (decia) dos ferocisimos perros, que no se apartaban de sus lados. ¿Qué tan grandes serian? preguntó Dinomaco. Como dos grandes elefantes, dixo el viejo, y pienso que tan crecidos nunca se vieron en Grecia; negros, peludos, asquerosos y sucios; feos perros en estremo. Yo pasmado, si bien con valor para mirarla, sin fuerzas para huir, quedé del todo inmóvil; y algo mas vuelto en mi acuerdo, volví á la parte interior del dedo, el sello del anillo de hierro que os decia que me habia dado el Arabe, para que no del todo me faltase el ánimo. Parada, pues, esta vision horrible y espantosa, hirió con gran fuerza el suelo, haciendo con los pies de ferocísimo dragon una profunda abertura, tal que con su grandeza casi llegaba á lo profundo del infierno, y sin hacer otra cosa se arrojó dentro de aquella sima espantosa, desapareciendo de mis ojos: yo animoso, asiéndome á un arbol que junto á la gruta estaba, porque la mucha profundidad no me turbase la cabeza con algun vaguido, y me hiciese caer dentro, me incliné quanto pude, alargando la cerviz para ver lo que habia dentro: no es locura; todo el infierno vi patente y claro á la luz de la hacha que llevaba la vision, y que alumbraba aquellas temerosas cavernas; vi el lago Flegeton, vi al Can Cervero, y á innumerables almas de difuntos, y conocí á muchos de ellos; á mi padre vi claramente ceñido con la misma mortaja con que le enterramos, que no me fue á mí de poco gusto. ¿Qué hacian las almas de los muertos? le preguntó Ion admirado; y respondió él que no otra cosa sino repartidos en tribus y familias, sentados entre unos floridos gamonales, conversar con ami-

amigos y parientes. Contradigan ahora todavia (acudió Ion muy contento) al divino Platon los Epicuros, y burlen de sus razones del alma; ¿y vos, Eucrates, es posible que entre las almas de tantos conocidos no le vistes á él, ni á Sócrates? Si vi (respondió Eucrates) aunque confusamente; porque le ocultaban otros, en cuya compañía estaba; mas saquéle por conjetura, porque era calvo y barrigudo; mas á Platon nunca pude conocerle, por mas que lo procuré. Esto es lo cierto; porque entre amigos se han de decir las verdades; vi al fin quanto en el infierno habia, cuya abertura se cerró luego poco á poco. Como me detuve tanto, salieron algunos de mis criados á buscarme, y muchos de ellos llegaron antes que del todo se cerrase la abertura. Pyrria, que está presente (era un mozo que le asistia) si no me engaño, fue uno de los que llegaron antes; él dirá si es verdad quanto he contado. Por Júpiter (dixo el mozo), que oí yo el ladrido por el resquicio, y que la luz de la hacha me pareció que resplandecia en el centro. Entonces es sin duda, Filocles, que me rei de gana con el testigo que al cuento acrecentó ladrido y fuego. No me dexó hablar Cleodemo, porque dixo que aquellas no eran cosas nuevas, ni nunca vistas de otros; porque yo los dias pasados (prosiguió) quando estuve enfermo, vi otro tanto, aunque no de esa manera. Dióme una enfermedad aguda, que en grande peligro me llegó al seteno, bien lo sabe Antigono, que me curaba entonces. Y como, replicó el médico, que teniades unas calenturas ardentísimas, particularmente la de ese término fue notable. Pues ese dia mismo (dixo él) me dexaron todos solo, y cerraron la puerta de la quadra, orden que vos habiades dado, para que yo durmiese un poco: apenas con

el primer sueño quise cerrar los ojos, quando se me puso delante un gallardo mancebo, hermoso por todo estremo, y con una clamide lustrosa, rica y blanca, y despertándome del todo, me levanto de la cama, y hiriendo con la mano en el suelo de la quadra, por una hienda que la tierra hizo, me baxó á una region no conocida en el centro de la tierra: caminaba yo dudoso al lado de mi vigilante compañero, y vine á conocer que estábamos en el infierno; porque vi á Tantaló, á Ticio, á Sisifo, y á otros que conocí distintamente: ¿qué os pudiera decir de lo que vi en aquel rato? No quiero traerlo á la memoria, por no alargarme en el cuento: llegamos finalmente al tribunal, donde estaba Eaco y Minos asistidos de las Erines y las Parcas, que junto al trono del Rey Pluton hacian sus juicios: estaban contando entonces los nombres de los que habian de morir, cuyas vidas habia acabado de hilar Laquesis. El mancebo, pues, que me llevaba me presentó al juez, diciendo que yo debia morir, porque la Parca habia dias que tenia hilado el estambre de mi vida; ayróse el juez riguroso, enojóse el Rey Pluton, y dixo que me volviese á la tierra; porque aun no se habia acabado de hilar mi término infalible. Erraste, decia Pluton á voces: vuelve, y trae á Demilo el carpintero, que vive ya mas de lo que depositó en la rueca de la Parca; y con aquesto me dexaron libre, y restituyéndome á la fama, por donde me habia llevado, me hallé libre de la enfermedad. El mismo dia comencé á decir á todos que Demilo se habia de morir presto, que era mi vecino; y segun supe despues habia dias que andaba con achaques: y poco despues que lo predixé oimos el llanto de los que le lloraban; porque de repente cayó muerto. ¿Pues eso contais por maravilla?

dixo Antigonio: yo conocí un hombre que resucitó veinte dias despues que le enterraron, y yo le curé, antes que muriese, y le vi despues de resucitado. ¿Y de qué manera, pregunté yo, en veinte dias no se le pudrió el cuerpo, ó él se pudrió de hambre, sino es por ventura que curábades otro Epimenides? Aquí llegábamos, quando entraron los hijos de Eucrates, que venian de exercitarse en la lucha: el uno casi de veinte años, y el menor de quince; y habiéndoles recebido, y ellos hecho sus cortesias, se sentaron en la cama de su padre, y yo ocupé una silla junto á ella; pues Eucrates, como si en viendo á sus hijos se le viniera á la memoria el cuento, comencó á decir de aquesta suerte, poniéndoles la mano en las cabezas: así gocé yo de estos muchachos, que lo que he de contaros es verdad, Tyquiades amigo: ya sabeis todos quan tiernamente amé á mi esposa, duerma en paz, y haya buen siglo, madre de aquestos mis hijos; amor fue conocido por las obras que hice por su gusto, que si estas, y no palabras solas, hacen perfecta la aficion entre los que bien se quieren, bien mostré yo la grande mia, no solo en el tiempo que la gocé, corto por cierto conforme á mis deseos; mas despues de muerta la amé tan tiernamente, que todas sus joyas, vestidos y aderezos, con que á mis ojos parecia mejor y mas hermosa, y á quien ella mas queria, las eché en la hoguera con su cuerpo, sin reparar en tanto precioso y estimable: mas quien con ella perdió su consuelo y regalo, ¿qué aprecio podia hacer de la mayor riqueza? A los siete dias de su muerte, estando yo una noche acostado en esta misma cama, mitigando el dolor que habia hallado con su pérdida, divirtiéndome con aquel librito que escribió Platon del alma, repentinamente se me puso delante mi

querida esposa, mi adorada Demenete, y se asentó junto á mí en el mismo lugar que veis ahora á su hijo menor Eucratides, que muy pequeñito entonces, tenia á mis soledades compañía. Apenas la conocí, quando dándola ternísimos abrazos, empecé á llorar amargamente el haberla perdido para siempre: dispúsose el sentimiento entre crecidos llantos para quejas sabrosas, que no hay gusto que se iguale al llorar, y al padecer delante de la causa de las penas: quietábame ella mansamente, sin consentir que gritase; y este rapaz que la oía, temblaba inquieto, y demudado el color, procuraba encubrirse, por no verla, y divertirse, por no oirla: animoso yo escuchaba las quejas que me daba de esta suerte, que habiéndola yo querido tanto en vida, sin reparar en nada por su gusto, hubiese mostrado tan poco de agradarla despues que fue olvido su muerte, de correspondencia tan amable. Ay mi querido esposo, proseguia ternísima mi compañera, ¿qué razon tuvo tu crueldad ingrata para que con mi cuerpo no quemases uno de mis chapines dorados, que olvidado quedó debaxo de aquella arca, quando se quemó el otro el día que perdí esta luz, y dexé el mundo? ¿este es cuidado de amante? ¿esta correspondencia justa? Prosiguia, sin detenerse, quando un perrillo que yo tenia por juguete, y entonces estaba allí conmigo, comenzó á ladrar medroso, y ella volando desapareció al ladrido. Vino el día deseado de mí con largas ansias, llorado por la soledad de mi regalo, y buscando el chapin, se halló debaxo del arca, que por estar allí encubierto, y no haberle hallado, no se habia quemado con el otro, y entonces con grandes solemnidades y ceremonias se dió al fuego. Rehuseis ahora de creer cosa tan clara? dixo Cleodemo admirado del suceso, pues que se ven casi

otros

otros como este cada dia. Y yo le respondí que los que no lo creyesen, y sin vergüenza hiciesen á verdades tan ciertas resistencia, merecian que los azotasen con cueros de chapines dorados, tratándolos en el castigo como á niños.

Entraba en esto el pytagórico Aritoño, aquel de la cabellera, venerable en el aspecto: ya le conoces, aquel ingenio celebrado, y que tiene grande estima con el nombre de doctor y de maestro, el que todos llaman grande, por su erudicion y letras: aliento cobré con verle, pareciéndome que les habia venido su azote á las mentiras; decia entre mí yo alegre: á fe que aqueste sabio tape la boca con la autoridad de su presencia á los que cuentan cosas monstruosas, y quieren que pasen plaza de verdades, en la opinión de quien las oye: al fin yo tuve por cierto que me habia venido, como dicen, Dios á ver, y ya no temia tantos contrarios con el defensor, que me prometian sus virtudes, autoridad y letras. Recibieronle todos cortesmente, y dándole su mismo lugar Cleodemo, y ocupando el otro asiento, nos acomodamos todos. Pasados aquellos primeros cumplimientos con el dueño de la casa, nos preguntó por la salud á todos, y prosiguió preguntando por lo que discurríamos; porque habia oido desde la puerta ruido de disputa, y que entre tan doctos hombres sin duda se filosofaria materia de importancia. No era otra, respondió Eucrates, sino persuadir á este hombre de diamante, y señalóme con el dedo, á que crea que hay algunos demonios, fantasmas, visiones, y almas de difuntos, que andan en pena, y se aparecen á quien quieren, cosa á que de ninguna suerte se persuade. Yo entonces avergonzado baxé el rostro, por la reverencia que se debía á Aritoño, ¿quién no respeta á un sabio?: y él respondió á

Eu-

Eucrates que no defenderia yo absolutamente aquella duda, y que lo que yo querria decir seria que solamente andan en semejantes penas las almas de los que padecieron violenta muerte, el ahorcado, degollado, ahogado, y los que perdieron la vida por diversos accidentes desgraciados, y que los que mueren naturalmente no penan de esa manera; opinion que tuvieron muchos sabios, y que si yo tambien tenia la misma, no iba del todo errado. Graciosa cosa por Júpiter, dixo Dinomaco; de unas y otras lo niega constantemente con pertinacia tan grande, que aun las cosas presentes piensa que no las ve, aunque mas las mire y vea. ¿Esto es posible, Tyquiades, dixo Aritoño, mirándome enojado? ¿nada de esto os parece verdadero, experimentándolo tantos cada dia? Por vuestra misma razon, respondí, me perdonareis el no creerlo, pues entre todos no veo cosas tan ordinarias; y así hasta verlas como tantos, no es mucho, si no las creyese, como haceis vosotros. Pues si alguna vez, prosiguió, fuéredes á Corintio, preguntad por la casa de Eubatidas, que está cerca del hosario, y en ella preguntad por Tibio, un portero que la guarda, y decidle que quereis ver adonde el Pytagórico Aritoño lanzó el demonio, que con diabólicas infestaciones y asombros hacia la casa inhabitable, y él os dirá maravillas, y del modo con que deshice aquellos continuos miedos, dexando tratable la vivienda. ¿Qué fue eso, señor Aritoño? le preguntó Eucrates, deseoso de saberlo, y le respondió de esta suerte. Habia muchísimos años que no habia quien viviese aquella casa por las cosas espantables que en ella se veian y oian de ordinario, tanto que si algun ignorante de aquesto la alquilaba, en muy pocos dias huia

es-

espantado y temeroso; porque era atormentado de una vision horrible: dexáronla sus dueños por perdida, de suerte que inhabitable estaba por muchas partes derribada, pudridas las maderas, y caidos los texados, y de ninguna manera se hallaba quien aun de valde la viviese: contaronmeló en Corintio, y dióme lástima; porque el edificio de la casa no era vulgar, ni humilde; tomé algunos quadernillos curiosos de los muchos que tengo Egipcios para semejantes casos, y voime á la casa á prima noche, bien contra la voluntad de mi huesped, que ansiosamente me detenia, teniendo por cierto que iba á buscar mi muerte. Tomé una luz, entré solo, y cerrando la primera puerta, anduve la casa toda, admirado de su labor y traza: en una sala muy grande, adonde hallé unos poyos, me senté á descansar, acomodando la luz en parte conveniente empecé á leer mis papeles; y apenas estuve media hora, quando el demonio se me puso delante, creyendo sin duda que venia á combatir con algun hombre flaco y temeroso, y que como á los demas habia de asombrarme con diversas visiones y figuras: venia feo, negrísimo, y velloso, y procuraba amedrentarme, ya convertido en toro, ya vuelto en leon ó perro; mas yo resistiendo sus ilusiones fantásticas, con un conjuro horribilísimo, contrahaciendo el tono y voz Egipcios en la pronunciacion de los oscuros caracteres, le forcé á retirarse en el mas tenebroso rincón de aquella sala; y poniendo una señal donde se habia escondido, y cercándole con diferentes rombos, le dexé hasta la mañana: vino el dia, y quando todos pensaron que me hubiesen muerto aquellas sombras salí libre y sin peligro, burlando las esperanzas de los muchos que para llo-

N

rar

rar mi atrevimiento me aguardaban. Voyme al dueño de la casa, y dándole la nueva de que ya la tenía libre de la opresion diabólica, á él, y muchos que me asistian, espantados del prodigio, los llevé á ella, subimos á la misma sala, y haciendo cavar en el rincon donde el demonio se habia desaparecido, á poca distancia fue hallado un cuerpo muerto, tan gastado, que solamente en la trabazon y disposicion de los huesos se conocia ser de hombre. Sacámosle fuera de aquel sitio, y enterándole en puesto mas decente, cesaron desde entonces los miedos ilusorios en la casa, sin que los que la viven hayan sentido cosa alguna. Acabó su valentia aquí Aritoño, dexando á los presentes admirados, y todos me tenían por loco, viendo que no creia sucesos tan notables, abonados con testigo tan libre de excepcion alguna, hombre de admirable sabiduria, y á quien todos respetábamos por oráculo de letras, y autorizada opinion y costumbres, si bien yo empero sin respetar su cabellera y barba venerable, olvidado de la opinion de su persona, le dixé en acabando de contar su acontecimiento prodigioso: ¿qué es esto, Aritoño, tambien vos, en cuya autoridad y estudios tenia yo librada la defensa de todas las verdades, y la esperanza de que con vuestro favor habia de vencer tantas visiones, encantamientos y fantasmas, estais como los demas, lleno de resabios fantásticos, y de vanas imaginaciones? Pardiez que me sucedió con vos, como los que hallan tesoros encantados, moneda de duendes, que quando piensan que tienen dineros se hallan llenos de carbones: ¿qué no fiara yo de vuestra autoridad? ¿qué no de vuestros estudios y largas experiencias, sin persuadirme á que estábades to-

cado de este contagio general de la mentira, de esta peste ordinaria de los hombres? Pues si vos sois tan extraño (me dixo) que no me creis á mí, ni á ninguno de quantos procuran persuadiros verdades tan seguras, personas en quien luce la autoridad de nuestra patria, lo estimado de las ciencias, y lo loable de las costumbres, decidme, ¿á quién tendreis por de mayor autoridad que los presentes? á quien de mayor crédito para cosas semejantes? pues aun los mas vulgares y ordinarios, en quien no se hallan tales obligaciones, no contradirian aquesto, ni os dirian lo contrario. Por Júpiter, dixé entonces, que es de mi parecer aquel gran Demócrito natural de Abdera, hombre admirable y famoso, y que está persuadido á que ninguna de estas cosas puede haber en la naturaleza, ni ser posibles; y tan firmemente creia aquesto, que habiéndose encerrado en un sepulcro, para con mas quietud escribir sus libros, y viviendo en él dias y noches, componiendo doctísimos discursos, jamas tuvo miedo de acontecimientos semejantes, tanto que ciertos mancebos, deseando asombrarle, se vistieron de negro, como nosotros enterramos los difuntos, y cubiertos los rostros con espantosas máscaras, se le pusieron delante con visages diferentes; y él poco temeroso de su ilusion fantástica, como quien tan bien sabia que no podian ser verdaderas apariencias tan risibles, ni se inquietó con su asombro, ni miró sus invenciones, antes sin dexar de escribir les dixo que dexasen de loquear, y que tuviesen juicio: tan firmemente creyó ser estos cuentos vanos. ¿Eso decis? dixo Eucrates, pardiez que algun hombre sin juicio debió de ser Demócrito, pues á tal se persuadia; y para que le califiqueis por